JUDIT,

Ó EL

PALCO DE LA OPERA.

NOVELA CONTEMPORANEA.

(CONCLUYE.)

VI.

EL miércoles siguiente era dia de ópera; estábamos todos en la orquesta, exactos á la cita, y el notario no llegaba. Daban *Roberto*, y esta obra me recordaba mi primera entrevista con Arturo. Me explicaba, sobre todo, su tristeza, su preocupacion, y pensé que el mismo Meyerbeer no habria tenido valor para incomodarse y le perdonaria no haber escuchado el sublime terceto de *Roberto!*

¿Pero en aquel momento estaria Arturo en mejor disposicion de apreciar la hermosa música? ¿Era mas feliz? ¿Habia en fin encontrado ó perdido á su Judit?

Ignorábamos aun los obstáculos que los separaban, y nuestra impaciencia por saber el fin de la historia, crecia por la falta del historiador. Llegó en fin después del segundo acto, y ni un actor querido del público, ni bailarin

que reapareciese después de tres meses de ausencia, tuvieron jamás una acogida mas brillante que el notario....

—¡Vedlo!

—¡Venid, pues, querido mio!

—¡Llegais muy tarde!

—Acabo de comer en un convite y de asistir á un contrato.... digo asistir.... porque ya no ejerzo; vendí mi empleo, y gracias al cielo á nadie debo nada....

—¡Excepto á nosotros!

—Nos debeis un desenlace....

—La historia de Judit....

—Os hemos guardado vuestro lugar, pasad.

Pasó, se sentó, se estrechó el círculo, y el notario acabó así la historia de Judit:

—Ella habia dicho: *¡Esperad!....* Y por algunos dias Arturo tuvo paciencia; ¡esperaba siempre una carta, una cita! La volveré á ver, decia, volverá, me lo ha prometido. Pero corrieron los dias y las semanas y Judit no volvió.

¡Así se pasaron seis meses! luego un año, después dos. Arturo causaba compasion, y mas de una vez temí por su razon. La escena del baile de máscara le habia afectado vivamente.... Tenia momentos en que recordaba que habia encontrado á Judit sin verla, que se le habia aparecido sin mostrarle sus facciones, y se creia bajo el imperio de alguna alucinacion. Su cabeza debilitada por los sufrimientos, lo persuadia que era un sueño.... una ilusion; llegó á dudar de lo que habia visto y oido. Cayó gravemente malo, y en el delirio de la calentura veia á Judit apareciéndosele por la última vez y despidiéndose de él: no podré deciros con qué ternura y fuego le hablaba.... Judit era su pensamiento, su idea fija.... Ese era el mal y el tormento de que se moria.

Nuestros cuidados le volvieron á la vida; pero quedó som-

brío y melancólico y á nadie veia excepto á mí. Jamás habia querido tocar á la fortuna que tenia de Judit, y la suya, como os he dicho, no consistia ya mas que en seis mil libras de renta. Habia empleado cuatro mil en el alquiler anual de un palco en la Opera.... ese palco segundo en que habia pasado con Judit la noche del baile de máscaras.—Fué allí todas las noches mientras creyó que volveria.... y luego, cuando perdió esta esperanza, no tuvo ni valor ni fuerza de entrar á él: se encontraba allí *solo, siempre solo* (su eterna divisa), y esta idea le perjudicaba extraordinariamente. Solamente venia de cuando en cuando á la luneta, veia dolorosamente hácia el palco de Judit; después se iba diciendo: ¡No está!....

Tal era su vida; y excepto algunos viajes que hacia de cuando en cuando, siempre con la esperanza de tener noticias de Judit ó algunos indicios sobre su suerte, volvia á Paris, y todas las noches, sin que en ello tuviese parte su voluntad, sus pasos se dirigian á la Opera. Para estar con él mas tiempo, fué por lo que alquilé mi asiento por todo el año.

Dias pasados estaba sentado en la orquesta, ¡no de este lado, sino del otro!—Ese dia estaba enteramente desanimado y no tenia ya ninguna esperanza; volvió la espalda al foro, y sumergido en profundas reflexiones, no veia ni oia nada.

Algunas exclamaciones lo arrancaron sin embargo de sus sueños.

Una jóven, de notable hermosura y encantadoramente adornada, acababa de entrar á un palco. y toda la artillería de anteojos se dirigió á ella.

No se oian mas que estas palabras:

—¡Qué bonita!

—¡Qué frescura!....

—¡Qué nobleza y qué dignidad!

—Señor, ¿qué edad le calculais?

—De veinte á veintidós años.

—¡Qué! quitaos.... no tiene diez y ocho años.

—¿Sabeis quién es?

—No, señor; es la primera vez que viene á la ópera.... porque soy abonado.

Los vecinos tampoco la conocian.

Pero no lejos de ellos, un extranjero de distincion se inclinó respetuosamente y saludó á la jóven.

Al momento le preguntaron todos su nombre.

—Es lady Inggerton, mujer de un rico par de Inglaterra.

—¡En verdad!.... tan bonita y tan rica!....

—Y se dice que no tenia nada..... que era una pobre niña que en un rapto de desesperacion amorosa, quiso ahogarse.... y que encontrada y recogida por el viejo duque, la trató como á su hija.....

—Es una verdadera novela.

—No todas acaban tan bien; porque el viejo, que le hacia tanto cariño, que no podia estar sin ella, se dice que quiso casarse con ella para dejarle su fortuna.... lo que verificó.

—¡Diablo!..... Si es viuda.... es un bonito partido.

—Su luto ha terminado y en Inglaterra ó en Francia será de quien le haga la corte.

—Ya lo creo, dijo el jóven que hablaba, y que con una mano arreglaba su corbata, mientras que con la otra sostenia el anteojo que dirigia á lady Inggerton. ¡Oh! pero, señor, creo que ve hácia aquí.

—Os engañais, dijo el extranjero.

—¡No, pardiez!..... no me engaño.... Me refiero al señor. Y se dirigia á Arturo, quien nada habia entendido y á quien fué necesario explicarle de qué se trataba!

¡Arturo levanta la vista! y en el palco segundo.... en ese palco que antes era suyo, percibió....

¡Ah! no se muere de sorpresa y alegría..... puesto que

Arturo vivia..... puesto que sentia los acelerados latidos de su corazon.... puesto que conservó bastante fuerza y razon para decirse: ¡Es ella!.... ¡Es Judit! Pero al mismo tiempo.... permanecia inmóvil.... no se atrevia á moverse.... temia despertar!

—Señor, señor.... le dijo su vecino.... ¡la conoceis pues!

Arturo no respondia, porque en ese momento los ojos de Judit habian encontrado los suyos.... ¡Habia visto brillar en ellos la alegría y el placer! ¿Y qué vino á ser de él? ¡Dios mio! ¿Cómo pudo resistir su cabeza.... cuando vió la mano de Judit, esa mano tan blanca y tan bonita, levantarse á la altura de la oreja, é imitando la señal que él le hacia antes, juguetear algunos instantes con unos aretes de esmeraldas que Arturo le habia regalado?

¡Ah! ¡en esta vez creyó volverse loco! Volvió la vista, puso la cabeza en sus manos, y así quedó algunos instantes para convencerse que no era una ilusion, para repetirse que no era ciertamente á Judit á quien acababa de ver.... Después, cuando estuvo de ello bien seguro, ¡levantó de nuevo los ojos hácia ella!.... ¡la vision celeste habia desaparecido!.... ¡Ya no estaba allí Judit.... habia salido!...

Un frio mortal corrió por sus miembros.... una mano de fierro le oprimió el corazon.... Luego recordando lo que acababa de ver y oir.... porque le habia hablado.... le habia hecho una seña.... se lanzó de su lugar.... salió del teatro y corrió á la calle diciendo: Si me engaño esta vez, si tambien es un error.... es seguro, perderé la razon, ó me mataré.... Y decidido á morir, se dirigió friamente á la calle de Provenza.—Llamó en la puerta, que se abrió, y temblando preguntó:

—¿Judit?

—La señora está en casa, dijo tranquilamente el conserge.

Arturo dió un grito y se apoyó en el tramo de la escalera para no caer.

Subió, atravesó todos los aposentos, abrió la puerta del retrete.

Estaba amueblado como antes.... hacia seis años.

La cena que habia pedido antes de su partida, estaba dispuesta. Habia dos cubiertos.

Y Judit, sentada en un sofá, le dijo al entrar:

—Venis muy tarde, amigo mio. Y le tendió la mano.

¡Arturo cayó de rodillas!....

Aquí el notorio se calló.

—¿Y bien?.... exclamaron todos; acabad.

—El notario se sonrió y dijo: ¡No me ha contado mas Arturo!.... Además, comienza el tercer acto de *Roberto*.

—¿Qué importa? ¡Acabad!

—¿Qué mas os he de decir?.... acabo de comer con ellos, he firmado el contrato!

—¿Se casan?

—¡Ciertamente, Judit lo ha querido!

—¡Por última sorpresa sin duda!....

—¡Acaso le reserva aun otra!....

—¿Cuál? preguntó el abogado.

—¡No sé nada!.... respondió el notario sonriendo; pero se asegura que el viejo duque su marido no la llamaba jamás de otro modo que *¡hija mia!*

En ese momento el palco de los segundos se abrió; Judit apareció cubierta con una manteleta de armiño y apoyada en el brazo de su amante, de su marido!....

Y un mismo grito partió al momento de las bancas de la orquesta:

—¡Qué bonita es ella!

—¡Qué feliz es él!

EUGENIO SCRIBE.

(Traducida para la CAMELIA.)

UN RETRATO.

¿Quereis saber lo que acontece á un pintor que hace un retrato? Salvo aquello que pudiera acontecer necesariamente conforme á la posicion social y la educacion del modelo.

—Señor pintor, estoy bien así.

—Señora, solo quisiera que conserváseis una posicion mas natural.

—Creo que esta posicion no es afectada.

—No digo semejante cosa, señora, sino que os recomiendo el que la posicion que elijais sea la mas habitual en vos: yo no puedo hacer otra cosa mas que reproducir aquello que tengo á mi vista: por lo tanto, es indispensable que la persona que quiera retratarse procure parecerse á sí misma.

La mujer considera esta observacion como poco adecuada, guarda una posicion pretensiosa y afectada; levanta los ojos al cielo ó los cierra lánguidamente, oprime los labios para hacer aparecer una boca mas pequeña; si es de un carácter alegre, toma un aire majestuoso.

El pintor hace sus contornos.

—Pero decidme, señor pintor, ¿no es verdad que esta otra posicion seria mejor que la primera?

—No me lo parece; pero....

—Decididamente, esta es mejor.

Toma otra posicion tan parecida á la anterior como lo fuera la que guardara un fraile cantando misa con el héroe de la Mancha en la cueva de Montesinos, sin dejar por esto de estar menos afectada.

El pintor borra sus perfiles y vuelve á comenzar nuevos contornos.

—Perdonadme, señor, teníais muchísima justicia cuando decíais que la primera posicion era preferible.

Y el desgraciado artista torna á hacer desaparecer lo comenzado y vuelve á trazar nuevos contornos.

—Os recomiendo, señor, el que pongais mucho esmero en el colorido de los ojos; tengo mi orgullo en ello.... ¿qué quereis? es disculpable.... cuando uno tiene tan pocas cosas buenas en que cifrarlo.

—Mucha modestia, señora.... por el contrario.

Durante esta conversacion, ella ha cambiado por consiguiente de postura.

—¿Teneis la bondad, señora, de volver á la postura que teníais anteriormente?

—Es que me molesta un poco.

—Entonces, señora, tomad decididamente la que mas os acomode, porque de lo contrario tendria yo que comenzar de nuevo mi obra cada vez que os agradase cambiar de postura.

—Teneis razon, y por lo tanto voy á ponerme de la manera que lo estaba hace un instante: ¿qué os parece? ¿estoy bien así?

—Muy bien, si teneis la bondad de no moveros mas.

—¡Berenice!

Entra entonces su doncella, que hace tambien veces de cocinera.

—Berenice, tráeme el cofrecito de mis alhajas.

Como la palabra cofrecito no es una palabra muy familiar entre la criada y la señora, sino usada solamente en presencia del artista para darse una importancia inmerecida.

—¿Cómo decís, señora?

—Imbécil: mi caja de alhajas.

Berenice viene por fin con una caja.

—Decidme, caballero, ¿qué collar y qué aretes me aconsejais que me ponga?

—Los que mas sean de vuestro agrado, señora.

—Sí; pero los pintores, es mi opinion que deben tener un gusto favorito, superior al parecer del vulgo con respecto á la eleccion.

—En este caso preferiria yo el coral.

—¡Dios me libre de semejante cosa! los corales solo se quedan para las trigueñas; todas ellas tienen un delirio por ellos, y si algo tengo yo que pueda llamarse pasadero si se quiere, es la blancura de mi tez.

—Como que no he visto otra en mi vida que se la iguale.

—Creo que los diamantes serian una eleccion acertada en mi concepto.

—Sí sin duda, si así os agrada.

—Está dicho: me dicido por los diamantes.—¡Berenice!

—¡Señora!

—¿Has ido á avisar al peluquero que venga esta tarde?

—No, señora.

—¿De qué sirven entonces mis palabras? vé al momento.

—¡Ah! señor, ¿no es una positiva desgracia tener criados? algunas veces envidio la posicion de un artista como vos: siquiera teneis la ventaja de ser independiente; vos solo os servís á vuestro antojo en vuestros deseos.

—¡Ay, señora! me veo precisado á quitaros esa ilusion: no soy muy dichoso que digamos con tener que dar bola á mis

botas con mis propias manos.... pero si me hiciéseis la gracia de volver un poco la cabeza hácia la derecha... como estábais hace un instante.

—¡Dios mio! yo no sé señor por qué nunca he conseguido que me hagan un retrato exacto: me han hecho dos; pero ¡que retratos! ¡horrorosos! Sobre todo el último: me pusieron una boca que poco faltó para que no terminase nunca.... á próposito, señor, os recomiendo mucho la boca..... no creais que esto lo haga por presuncion; ¡disparate! cuando uno cuenta ya con una hija de seis años (la niña tiene nueve) y cuando uno tiene una hija grande, de seis años, es necesario renunciar á toda clase de pretensiones.... á mi marido casualmente le gusta mi boca, y le habia de ser muy sensible verla muy grande.... en el retrato.

—No tengais cuidado, señora; la haremos tan pequeña como gusteis, es decir, vuestro marido.

—Sobre todo, señor, no quiero que me aduleis; yo no soy como algunas mujeres que exigen se le dé á sus retratos las bellezas de que carecen.—He mandado llamar al peluquero con motivo de un convite que tengo á un baile para el que he empeñado mi palabra. A mí me fastidian mucho las modas; pero hay veces en que es de precision rendir homenajes á las exigencias y á los deberes sociales. A mas de que mi marido se ha empeñado en que me separe de un aislamiento que tanto me agrada. No sé cómo vestirme esta noche, porque es necesario no dar en que decir.

—Ciertamente, señora.

—¿Sois de opinion que me vista de azul?

—¡Oh! el azul os debe estar divinamente.

—Sin embargo, á pesar de todas mis reflexiones me voy á poner un vestido de crespon rosa.

Poned mucho cuidado en lo delicado de mi nariz; mirad que es una de las facciones mas notables de mi rostro.

—¡Ah! señora.

—A ver.... veamos....

—Si no está hecho casi nada.

—Es igual, está muy bonito; pero decidme, ¿por qué me habeis puesto el cuello de un color negro azuleado?

—Son todavía las sombras que están indicadas.

—Es que tengo fama de tener un cuello blanquísimo; os confieso francamente que es mi orgullo.

—Lo conozco, señora, mejor que ninguno, porque confieso que teneis un cuello deslumbrador; pero yo os dije que solamente habia indicado las sombras, y por consiguiente no habia de quedar así.

—En buena hora, si así es.

—¿Quereis, señora, volver á ocupar vuestro asiento?

—Con mucho gusto: ¿así estoy bien?

—De todos modos estais encantadora; pero si ahora quereis conservar esta otra posicion, me obligareis á que borre lo que he comenzado ya.—La cabeza un poco inclinada á la derecha, los ojos un poco bajos.

—Acaso no tenia yo los ojos levantados al cielo.

—No, señora.

—¡Cosa singular! así como así, este es para mí un movimiento muy familiar.

—Entonces, fácil os es cambiar el movimiento de los ojos.

Entra un quidam; este quidam es un corredor, de color castaño, que la señora condecora con el título de agente de cambio.

—Mirad, señor N.... ¿creeis que mi marido me ha obligado á hacerme retratar de nuevo?

—¿Y quién será bastante para reproducir un rostro tan encantador?

—Ya sabeis, señor, que soy enemiga declarada de toda lisonja.... ¿encontrais en el retrato alguna semejanza?

—Ciertamente; la pintura del señor está muy buena.... diré mas, está.... muy buena; pero vos sois mas hermosa que ella.

El pintor vuelve la cara para hacer notar al conocedor que el retrato no es mas que un bosquejo; pero se detiene, sus labios dejan asomar una sonrisa irónica que revelan su pensamiento. El conocedor continúa:

—Hay, ó.... ó mas bien dicho, no hay.... un no sé qué. En fin, señor, querria que hubiese.... aquí en los ojos, mas de.... ya me comprendeis.... y tambien alguna cosa en la frente.

—Y decidme, interrumpió la señora, ¿no encontrais que el cuello está un poco negro?

—He tenido el honor, contestó el pintor un poco impacientado, de deciros, señora, que si no marcase las sombras, sacaríais una cara ni mas ni menos que una asentadera; con mas atencion, notareis lo indispensables que son estas sombras.

—¡Ah! en cuanto á eso, dijo el conocedor, el señor tiene mucha justicia, estas son las sombras; los pintores no pueden valerse de fullerías.... Es una imperfeccion, pero no pueden hacer otra cosa; el arte tiene sus límites: las Madonas de Rafael acaso tienen mas sombras que el retrato que está haciendo el señor; pero sin embargo, las tienen.

Por lo que hace á esta vez, el pintor se levanta y dice que volverá al otro dia. Al dia siguiente le hacen esperar una, dos y mas horas; después cambia de parecer la señora, no quiere ya diamantes; esto vale como cambiar el peinado del retrato....

La señora, siempre preocupada con la sombra de su peinado, extrae furtivamente al pobre pintor cuanta pintura azul tiene sobre la paleta y la arroja por la ventana. ¡Pobres artistas!

(Traducido por M. M. Morali.)